

“EL CHOPO DEL LAVADERO”

Silencioso, impersonal y altanero.
Tú, que en tu soledad
y desplazado de tu hábitat natural
tanto has visto y podrías contar.
¡Cuéntame! ¡Cuéntame!
Ondeeas como bandera
de una villa llena de agua,
de vida y altanera.
Has contemplado dolor,
alegría, avatares, esfuerzo,
lágrimas... Sigue contándome!

Tú, que impertérrito sigues
mostrando una figura erguida
y dibujando un paisaje idílico,
que nombras el paso del tiempo
lleno de sombras y penumbras
capaces de la más impresionante
luz de ese lienzo de la vida.

Tú, que sin quejidos
ni palabras malsonantes
aguantas la primavera y su color,
el verano con luz y calor,
el otoño y su dolor plumizo y alegre,
y como no, el duro y aguerrido
invierno de este valle del Mundo,
a veces, dormido y dolorido,
pero siempre, despierto y vivo.

Tú, que has visto lunas llenas,
crecientes, y menguantes,
que has aguantado tormentas
con rayos y centellas
y ramblas de palpitantes riadas.
Tú, que has oído el sonido
del agua en soberbias cascadas
como melodía de vida,
sí, tú que ahí sigues. ¡Cuéntame!
Te he visto crecer poco a poco,
muy lentamente, calmado,
desafiando calamidades y tiempo.
Te he visto sonreír en primaveras,
y reverdecer en veranos,
llorar en otoños sedientos
y desafiar inviernos sin aspavientos.
Te he visto dar tanto y tan bien
que quiero que sigas diciéndome.

Tú, que eras puerta del viejo molino
al que abrías para alimentarlo,
al que alegrabas y cantabas
la sinfonía cautiva del agua
embravecida que tanto necesitaba
para su subsistencia diaria
en sus quehaceres rutinarios
y llenos de esperanza.

Tú, que has visto mujeres sudorosas,
enlutadas, con el moño redondeado
y llenas de canas con sus barreños,
y anudado a su cuello con un pañuelo.
Dime, dime, que sentías?
Qué por tus entrañas te subía?
¡Cuéntame, cuéntame!
Y al tiempo que departías
con tu vecino y amigo El Convento,
inseparables almas
de la rambla vivaz y dicharrachera.
Habéis visto pasos y dolor,
esfuerzo, sacrificio y sudor,
y ahí seguís, firmes y enteros,
frutos del trabajo y días fieros.
Habéis oído, habéis sentido y sufrido,
y ahí quedáis junto a la angosta rambla
y el paso lento del tiempo.
¡Gracias por contarme, por guiarme!